

XIX

Á los pocos días de la conversación que precede estaba instalada en mi casa. Después del hermoso piso principal que habité mientras fui de Blancas, de la preciosa villa de Biarritz, de la casa magnífica de Sancho, en París, y comparada, por último, con el carácter noblemente anticuado y señorial de la *Granja de la Duquesa*, mi modesta vivienda había de parecerme muy pobre. Aunque conservaba algunos muebles bonitos y lo aproveché todo de la mejor manera, el contraste de lo pasado con lo presente, la estrechez, la falta de comodidades y hasta la fealdad de algunos trastos me fueron harto desagradables. Cualquiera otra mujer se hubiese desesperado; yo, de igual modo que antes no perdí la cabeza dejándome seducir por el lujo, tampoco ahora me afligí desatinadamente. Pero mi vida entró en una fase de tris-

teza tan honda, que á veces, durante muchos días, ni siquiera experimentaba aquel «dulce afán de llorar» de que habla el gran poeta griego. Salía poco y no me trataba con nadie: la sola persona con quien me comuniqué algo fué una señora muy vieja, antigua amiga de mi madre; me la encontré en una tienda, puso empeño en venir á verme, nada me preguntó de cómo viví hasta entonces, y sus visitas rompieron de cuando en cuando la monotonía de mi existencia.

Buscando, según mi costumbre, distracción en la lectura, compraba libros baratos, y además todas las semanas cierta revista francesa á la cual me había aficionado durante mi estancia en París, una de tantas publicaciones que hablan de modas, de artes, de teatros, de viajes y acontecimientos recientes, todo con multitud de figurines y grabados.

Llevaba más de dos meses de hacer esta vida, cuando una mañana compré en la librería la mencionada revista. Al llegar á casa la dejé sobre una mesa. Por la tarde la cogí para entretenerme, y sentándome en una butaca comencé á mirar las estampas. Lentamente iba pasando hojas: un rey difunto, una exposición de encajes, una fiesta de caridad, el *camerino* de

una tiple, el retrato de una dama principal hecho por un gran pintor... De pronto, vino una página en cuya cabecera, con gruesas letras, decía: *Dans le monde*, y estaba compuesta por cuatro pequeños fotograbados, en cada uno de los cuales se reproducía un suceso de actualidad: *Garden party* en casa de unos duques, presentación de un perro que hacía habilidades en un circo, y dos bodas: la primera de un duque francés con una princesa rusa; la segunda tenía debajo este letrero: *Grand mariage espagnol: Mr. le Marquis d' Ajalvir et Mademoiselle de Prado*; es decir, mi Sancho y la maldita *Niní*... Quedé sobrecogida y estrujé nerviosamente el papel. No debía sorprenderme, y, sin embargo, el modo de recibir la noticia me hizo mucho daño, porque aquello no era leerlo ni oírlo contar, era verlo. El grabadito, á pesar de su pequeñez, estaba clarísimo. Al fondo, la fachada principal de Santa Clotilde, una de las iglesias más aristocráticas de París; en primer término, el pórtico, y allí, rodeados de convidados y curiosos, Sancho dando el brazo á *Niní*, que iba envuelta en su velo blanco, con el ramo de azahar en una mano y con la otra recogiendo la falda. Aunque no tenían las figuritas más de seis ó siete centíme-

tros de alto, se les conocía perfectamente. Eran ellos: el único hombre á quien quise y la despreciable mujer que me lo había robado. La sangre se me agolpó á la cabeza, y casi se me nublaron los ojos; pero me dominó el deseo de verlos y reconocerlos bien para convencerme de la realidad. Como había pasado muchas veces por delante de aquella iglesia, me di perfectamente cuenta del sitio y del momento; mas á ellos, á ellos mismos, quería distinguirlos mejor, adivinarles el pensamiento, sorprender la expresión de sus caras. Un año de vida hubiera dado por que la fotografía fuese mayor y por que aquellos insignificantes muñecos tuvieran aspecto de retratos verdaderos. De repente, me levanté, corrí á una cómoda, saqué del fondo de un cajón unos gemelos de teatro, y, desatornillando una de sus grandes lentes, miré con ella el grabado, pugnando por descubrir en los menudos rostros lo que en aquella ocasión sintieran el amante ingrato y la mala mujer. El empeño fué inútil: el cristal de aumento no hacía más que agrandar las rayitas, los puntos negros y las sombras del estampado, como esfumando, desvaneciéndolo todo, sin dar la menor idea de lo que yo buscaba; vistas con la lente, las cabezas eran un conjunto informe

de menudas manchas. Me pareció, sin embargo, que *Nini* sonreía, y rompí á llorar amargamente.

La sacudida que experimenté fué tan honda que, á pesar de todas las reflexiones pasadas, si en vez de vivir en mi casa estuviera entonces en la *Granja de la Duquesa*, me habría tirado al estanque. El abatimiento me dejó como anonada; pero pronto sobrevino una especie de reacción que, reanimándome, infundió arrestos á mi voluntad. Sí, Sancho estaba perdido; mas, por lo mismo, á partir de aquel instante, debía yo hallarme dispuesta á pensar en su socorro: era un cautivo que el día menos pensado necesitaría rescate ó consuelo, alguna manifestación de ternura que fuese la esencia misma del amor, y como si el haber visto, por decirlo así, la boda retratada me avivase los deseos de saber de él, hice una cosa de la cual en un principio me arrepentí, considerándola inútil, y que á la larga me fué altamente beneficiosa: escribí á Irene suplicándole, por caridad, que, de cuando en cuando, dedicase algunos minutos á escribirme, contándome todo lo que supiera de Sancho.

Tardó bastante en contestarme; después, sus cartas menudearon. En unas, la malque-

rencia venía envuelta en circunloquios y eufemismos; otras veces, mostraba su odio sin miramiento ni rebozo: lo esencial para mí era que, ansiosa ella de saber cuándo le llegaba á Sancho el momento de la desgracia, le seguiría paso á paso, y, por consiguiente, yo lo sabría también.

El nefando contubernio, como llamaba á la boda, la sacó de quicio; y aunque sin mentar el título, ante la perspectiva de que tuviese hijos, la ira se le salía por los puntos de la pluma. Yo, sin conceder á tales desahogos la menor importancia, en teniendo alguna noticia de la vida de Sancho, experimentaba consuelo. Á *Nini* la describía presentándola como capaz de toda maldad y afirmando que, tarde ó temprano, sería causa del mayor oprobio que una mujer puede causar á su marido. El ingenio mordaz, el libre lenguaje de Irene adquirirían al hablar de esto caracteres crueles; y como cuanto narraba venía impregnado de realidad y no era invención del odio, aunque con odio lo comentase, yo iba viendo que sus profecías no eran disparatadas. Entonces, el alma, limpia de egoísmo, henchida de cariño y piedad, se me iba hacia Sancho; pensaba sobre todo en su salud, y al parar mientes en su luna de miel

se me representaban los primeros meses que pasamos juntos en Biarritz, y, principalmente, aquella horrible madrugada del vómito de sangre. Este recuerdo me estremecía de terror; pero, al mismo tiempo, me daba la medida de la grandeza y nobleza de mi amor, pues los rencorosos celos que sentía me atormentaban infinitamente menos que la idea de que estuviera enfermo.

Luego escasearon las cartas de Irene. En la incertidumbre de lo que pudiera sucederle á Sancho, pasé unos cuantos meses; sólo sabía de él leyendo en algunos periódicos de París su nombre entre los asistentes á bailes ó fiestas. Mi vida tornó á ser tan monótona como en la *Granja de la Duquesa*.

Y ahora debo decir, no por ridícula vanidad, sino para justificar esta parte de mi relato, que yo estaba entonces más hermosa que nunca, como si las penas hicieran en mí el oficio de aquellas aguas donde la diosa Juno se bañaba para mantener y aumentar sus atractivos. Hasta el aspecto de laxitud y abandono que las penas imprimían á mi cuerpo, la misma huella que la amargura de las ideas dejaba en mis facciones y el tenue livor que sombreaba mis ojos contribuían á hacerme interesante, dándome

cierto parecido con aquellas Magdalenas y Dolorosas pintadas por los grandes artistas del Renacimiento italiano, en los semblantes de las cuales la expresión del dolor añade poesía á la belleza y severidad á la gracia. Diríase que mi talle y mis miembros, poseídos de un descaecimiento melancólico, guardaban promesas de voluptuosidad delicada, y que la triste serenidad de mi rostro reflejaba toda la ternura de que es capaz el alma femenina. En las calles, en las tiendas, dondequiera que iba, llamaba la atención: aunque vestía sin gran esmero, me miraban muchas mujeres; los hombres, todos, desde el estudiantillo que iba con un par de libros bajo el brazo, hasta el señor mayor que paseaba arrastrando los zapatos de paño y apoyándose en una hija ó un criado; desde el caballero de aspecto aristocrático, hasta el albañil tumbado ante la valla de una obra. Mi continente modesto, mi sencillo atavío, el recogimiento en que vivía, me hacían más codiciable: rara era la salida en que no regresaba á casa seguida de algún adorador callejero; muchos trataban luego de sonsacar á porteros y criadas. Por cierto que Luisona les pegaba grandes bufidos y Remedios les hacía burla con singular donaire. Yo, como reina discreta

que dudase de las lisonjas palaciegas, me resistía á creer que los años aumentasen mis atractivos en vez de aminorarlos.

Un episodio inesperado vino á convencerme de que esta plenitud de hermosura era verdad; pues el gustar la mujer á los que por primera vez la contemplan es cosa vulgar y corriente; pero ejercer atracción sobre quien la poseyó, después de pasado mucho tiempo, renovando el impulso de los primeros deseos, es privilegio reservado á la de encantos poderosos. Tales eran, indudablemente, los míos.

He aquí lo que me sucedió, causándome al pronto viva contrariedad, y luego, abriendo mi corazón á la esperanza de que el hombre á quien amaba volviese á mí, lo mismo que intentó volver otro al cual rechacé con esa honda complacencia que experimenta la mujer enamorada cuando se defiende y se guarda para el único á quien reconoce por dueño.

Una mañana fuí á llevar flores al camposanto donde estaba sepultada mi madre, y como era natural, dado lo que hizo Sancho al comprar el enterramiento, no cesé de recordarle. Al volver por una de las rondas que rodean Madrid, los tranvías iban llenos y tuve que seguir andando: subía la cuesta de un paseo engolfada

en mis melancolías, cuando vi avanzar un grupo de coches, que acaso regresaban de un entierro en otro cementerio próximo; el último de aquellos coches era una berlina tirada por dos soberbios caballos. Al mirar á las hermosas bestias observé que el cochero me sonreía entre respetuoso y afable: «Yo conozco esa cara», pensé. De repente, el tronco se pára, se abre la portezuela de la berlina, se apea un hombre elegantemente vestido y se dirige hacia mí: era Blancas.

Grande fué mi sorpresa. Desde que se casó no nos habíamos visto; y el encuentro, trayéndome á la memoria una época de mi vida que yo hubiera querido borrar, me causó mala impresión. Cuanto diga es poco para expresar lo amable que estuvo. Cortés en la forma y atrevido en el fondo, como siempre, me dijo con aquella mezcla de desparpajo y cinismo que le era peculiar:

—¡Juanita estupenda! ¡Juanita ideal! ¿Qué haces ó qué aire respiras, ó qué filtro tomas, para estar tan hermosa? ¿Qué traes por estos barrios? ¿Vienes á ver si se alzan los muertos para adorarte? ¿Y cómo vas tan modestita? ¿Te has hecho avara, ó es que los hombres han perdido el gusto y el dinero?

Yo, sin gana de bromas, le escuchaba muy seria.

—Parece que no te alegra verme—dijo.

—¿Por qué no?

—Para mí el encuentro es un encanto y me despierta grandes deseos de hablar contigo: ¿dónde vives?

Pareciéndome inútil ocultárselo, le di las señas.

—¿En la misma casa de donde yo te saqué?

—La misma.

—Iré á verte.

—Como gustes—repuse con frialdad, sin atreverme á negarme, y comprendiendo que no lo evitaría.

—Bueno, mujer; no me detengo, porque hoy es un día muy ocupado para mí... Y conste: me gustas más que antes. Á ti tampoco se te habrán olvidado ciertas cosas, ¡caramba! Y, lo dicho, estás hecha un sol.

—Eso es lisonja; el tiempo no pasa en balde.

—No; para ti no pasa en balde, porque estás magnífica, es decir, magnífica de cara... y de figura... Por lo demás, no sabes el interés que me inspira verte así... Nunca te agradó engalanarte demasiado; pero, en fin, ibas hecha una

delicia... Y ahora te veo... muy mona, primorosa, pero tan sencilla... Pareces una viuda antes de consolarse.

—No tengo humor para componerme. Cosas de la vida.

—Algunas sé yo de la tuya. Ya me contarás las otras.

—No son interesantes.

—¡Tú sí que lo eres! Me contraría mucho no poder charlar un rato largo contigo; pero queda aplazada la conferencia.

Sacó el reloj, miró la hora como quien siente vivo disgusto por tener prisa, y se despidió.

—Adiós; hasta pronto.

—Adiós.

Montó en el coche y desapareció en seguida, dejándome de muy mal humor: el encuentro resucitaba recuerdos que yo quisiera tener enterrados para siempre, y además me causaba horror la posibilidad de que me buscara.

Pasaron dos días, y ya me lisonjeaba la idea de que Blancas no volviese á pensar en lo que yo temía, cuando al tercero se plantó en casa. El mero hecho de venir me dió á entender que mi malhadada belleza le había causado la misma impresión que cuando me solicitó años atrás,

y que sus exigencias serían iguales. Yo era para él una fruta que saboreó á gusto, y, al encontrarme de nuevo en su camino, quería volver á paladearla. En mi ánimo, por el contrario, el movimiento de repulsión fué indomable. Entonces comprendí la indignación que debe de sentir la esposa verdaderamente enamorada cuando se ve ofendida. La escena no pudo ser más desagradable: él no sospechaba el daño que sus palabras me hacían, y yo le hablé un lenguaje que era incapaz de comprender. Sentados en el mismo gabinetito donde le prometí ser suya, por vengarme de su querida, hablamos, poco más ó menos, de este modo:

—Aquí me tienes—dijo;—ya te has apoderado de mí otra vez, y con más fuerza que antes.

—¿Yo? La mujer que menos debe importarte; ya sabes como es, y no puede tener para ti atractivo ninguno.

—¡Te equivocas! Estoy como quien encuentra una alhaja perdida y se muere de impaciencia por volver á ponérsela. Supongo que nadie tendrá derecho á disputármela.

—Yo sola tengo derecho sobre mí.

—Tanto mejor. Hagamos cuenta que no ha pasado el tiempo para nosotros.

—Eso, no; ni por soñación.

—¿Por qué? ¿Tan mal te fué conmigo?—preguntó amoscándose.

—Porque quiero ser libre.

—Es que vengo resuelto...

—¿Á qué?

—Á que nos demostremos á nosotros mismos que eso de «nunca segundas partes fueron buenas» es una solemne tontería.

—Pues no puede ser; no insistas. ¿Qué has de sentir por mí que no satisfaga cualquiera otra? Se reanudan los amores rotos, cuando han sido tales amores.

—También se renuevan los contratos—repuso muy mortificado.

No quise contestar á tamaña grosería, y callé como si no lo hubiera oído.

Quedóse vacilante y cortado, tal vez pesaroso de la crudeza de aquella frase, y paseando despacio la mirada por mi modesto gabinete, continuó:

—No te comprendo. Te hallo en la misma situación que hace años, porque no has mejorado de fortuna...

—Tengo todo lo que me diste, y me basta.

—Te hago la misma proposición que entonces; eres libre y...

—Contigo dejaría de serlo.

—¿Pero no te acuerdas de cómo vivías y no ves cómo vives? ¿Qué te faltaba? No tenías más, porque no querías. Compara aquéello con ésto. ¿Cuánto te cuesta el cuarto?

—Unos cuantos duros; muy pocos.

—Pues la situación es idéntica. No me explico esas vacilaciones.

—Si no vacilo. Mi resolución es inquebrantable.

—Pretendes hacerte valer...

—Te ruego que no insistas. Ni debo darte, ni puedes exigir ciertas explicaciones.

—¿Ni siquiera por cortesía?...

—Partes de un supuesto falso; la situación no es la misma. Cierto que soy libre en el sentido de que ningún hombre tiene derecho sobre mí; pero además quiero serlo por respeto á mis propias ideas, á mis sentimientos, á lo que me he jurado á mí misma. No sirvo para esa vida de fingimientos; no quiero soportarla, ni contigo ni con nadie. Ahora pienso y siento cosas que, al entregarme á ti, me eran desconocidas. Ya lo sabes: estas son las explicaciones que no quería darte.

—¡Ya! ¡Ya!—interrumpió irónicamente.—
Has cambiado; te estás regenerando.

Su voz y su semblante se agriaban por momentos, no cabiéndole en la cabeza que, hermosa, libre y con poco dinero, no le abriese los brazos como á un enviado del cielo.

—Agradezco lo que para mí es lisonjero en tus proposiciones—repuse sin hacer caso de su tono burlón;—pero, lo repito, deseo ser libre.

—En fin, me rechazas, como rechazarías á un estudiantillo, á un hortera.—Y añadió groseramente:—Si tienes más pretensiones que la otra vez, dilo claro y nos ajustaremos.

—Te he expresado mi propósito de buena manera, sin lastimarte ni ofenderte; si te atufas me obligarás á no darte más que una razón: no quiero... y contigo menos.

—Y tú vas á obligarme á decirte lo que no quería.

—¿Qué?

—Sé lo que ha sido de ti desde que nos separamos, y te adivino los pensamientos. Debes de estar bajo la influencia de otro arrechucho romántico y novelesco como cuando creiste apoderarte de Gonzalo... Y total, lo mismo que entonces: aquél se fué; el de ahora se ha casado... y por lo visto no ha sido espléndido, puesto que estás en este cuarto.

—No he consentido que me diese nada.

—¿Lo ves? Presumes de desinteresada, quieres vivir pobremente, jugar á la amante perfecta...

Por instantes iba llegando á ese punto de exaltación en que el hombre pasa de la descortesía al insulto.

—Piensa lo que te plazca: en mí mando yo, y no quiero ser tuya.

—Has tomado en serio tu papel: Marion De-lorme y Margarita Gauthier son poco para ti; hay que remontarse á la Magdalena: como ella, fuiste pecadora; ahora haces de penitente... quizá llegues á santa.

—Todo, menos tuya—repuse con mucha acritud;—haz cuenta que no nos hemos encontrado, y ya que no puedas comprenderme, no me hieras, porque se me va acabando la paciencia.

La firmeza con que pronuncié estas palabras le mortificó mucho.

—Mira—dijo—, no seas tonta, acuérdate de cómo vivías; por última vez... ¿te decides?

La cólera le hacía palidecer. Deseosa de no excitarle, me limité á repetir:

—Quiero ser libre; no insistas.

Calló, frunciendo el entrecejo, mordiscándolo-

se los labios y el bigote, como si procurase encontrar frase con que desahogar su despecho. Por fin, sonrió, diciendo burlescamente:

—Anda, piénsalo; gastarás lo que quieras. Yo no soy Ajalvir.

Había aguantado los insultos á mí sola; al escucharle nombrar á Sancho con aquel desprecio, sin poder ni querer reprimirme contesté fieramente:

—No; tú no eres Sancho, no os asemejáis en nada; por eso á ti no te he querido, y á él sí.

—Pues te ha pagado bien.

Estaba blanco de coraje; sus ojos relampagueaban con aquel brillo acerado y frío que adquirirían en los momentos de deseo, y que yo, por desgracia, vi lucir tantas veces.

—¡Vete! ¡Haz el favor de irte!—dije, fuera de mí.

De pronto, haciendo un violento esfuerzo, se mostró sereno y sonriente, como amansado de improviso.

—Sí, me marcho; pero sin reñir. Escucha un momento.

—Ni un segundo.

—Pues has de oirme. He hecho grandes negocios... Serás la reina de Madrid. Y basta de tonterías: ¡si nosotros no podemos regañar!...

Avanzó hacia mí con los brazos abiertos.

—¡Te ahogo, si me tocas!—grité, mostrándole las manos crispadas.

—¡Cosa más ridícula!—exclamó entre asustado y burlón—. ¡Qué virtud de última hora!

—¡Será tardía, pero es brava!

Salió sin atreverse á mirarme. Quedé satisfecha de mí. No tenía honra ni pudor que defender, nada; pero defendí mi lealtad al sentimiento que llenaba mi corazón. «¡La reina de Madrid!...» ¡Estúpido! ¡Ni la reina del mundo!

Al verle marchar, por unos instantes fuí dichosa, forjándome la ilusión de que todo mi pasado desaparecía con él...

XX

Nada turbaba la triste paz de mi retiro; los meses corrían sin que sintiera el más leve desfallecimiento en el propósito de bastarme á mí misma, ni la menor intención de quebrantarlo. La soledad, la relativa estrechez, no aumentaban mi pena; estar sola era complacerme en aguardar, y carecer de algo, darme el gusto de considerarlo con desprecio. Increíble parece que, estando ya connaturalizada con toda suerte de comodidades y satisfacciones materiales, me amoldase tan fácilmente á la privación de ellas. En casa de la Marquesa participé algo de la vida de los ricos; con Blancas gasté cuanto quise; con Sancho, en Biarritz, y sobre todo en París, acabé de saber lo que son la elegancia y el regalo, acostumbrándome, aun en los más insignificantes detalles, á respirar esa atmósfera de lujo con que la mujer, por juiciosa

que sea, tan fácilmente se entontece y deslumbra; y, sin embargo, nada tuve que violentarme para prescindir de todo. Necesidades, sentía pocas; vanidad, ninguna; de trajes y galas no hacía caso. En mi ser moral estaba como muerto cuanto pudiera ligarme al mundo, llegando á apoderarse de mí esa indiferencia que debe de sojuzgar á las que llegan al monjío más desengañadas que creyentes. La potencia del espíritu que en mí prevalecía, viva y fuerte, era la voluntad, consagrada á sostenerme en espera de la ocasión que me aproximase á Sancho, y no para provecho ni deleite mío, sino en beneficio suyo. Mi amor estaba limpio de impureza y egoísmo, acrisolado al fuego del sufrimiento, acibarado por la mortificante idea de que, teniendo él tan gran experiencia en achaque de mujeres, no hubiese sabido ni vislumbrar siquiera la índole de mi pasión. No; no debía de ser tan gran conocedor del alma femenina como me dijeron; pertenecía á esa clase de hombres que nos rinden, antes por las cualidades que á nosotras nos faltan que por las que ellos tienen. En fin, fuera lo que fuese, yo prefería suponerle poco sagaz á tenerle por ingrato: lo esencial para mí era considerar nuestras vidas como mitades de un todo

que, á la corta ó á la larga, en la desdicha ó la ventura, habían de juntarse y confundirse. Estaba resuelta á dejar correr los años mirando á la esfera de un reloj hasta que sonase mi hora.

Tales eran mis pensamientos, cuando, una mañana, recibí carta de Irene, que había pasado meses sin escribirme. Lo abultado del sobre y el venir certificada me hicieron comprender que su contenido debía de ser grave. La copio íntegra:

«París...

»Querida Juanita: He tardado en escribirte, para poder contarte de un tirón todo lo sucedido. Te vas á quedar asombrada. No nos habíamos equivocado. La flamante Marquesita es una mala mujer.

»Por mis anteriores cartas sabes que, de recién casados, pasaron tres meses en Italia. Ignoro si allí tuvieron ya algún disgusto; el primero, que yo sepa, fué al volver á París.

»Te consta, aunque no quisiste nunca aprovecharte de ello, que Sancho es gastador y generoso hasta la esplendidez. Recordarás también su afición á cuadros, tapices, telas, armas, cacharros y demás restos de otros tiempos; en fin, que es hombre de gusto verdadera-

mente artístico y apasionado por las antigüedades.

»Figúrate la cara que pondría cuando, recién llegados de Italia, después de ver lo que allí habrían visto, se le antojó á su cara mitad poner en la casa de París un salón con arreglo al estilo llamado modernista; es decir, con muebles de esos que tienen curvas imposibles, colores mal casados y ornamentación donde lo extravagante y ridículo pretende pasar por original. ¡Hablarle de modernismo á Sancho!... Primero, lo tomó en broma; luego, se opuso abiertamente. Terquedad de ella, negativa-de él y pelotera fenomenal. Quizá hubiese acabado por ceder; mas la señora, en vez de rogarle con dulzura y engatusarle con gracia, se encrespó de mala manera, dándole á entender que se oponía por miseria, y concluyó por ofenderle diciéndole que era tan rica como él y que gastaría lo que le pareciese. Una semana estuvieron sin hablarse. Así comenzaron las hostilidades, y de principios ruines vinieron los disgustos gordos. Ya no pensó ella más que en mortificarle.

»Se habían casado en Marzo; volvieron de Italia en Julio, y fué preciso preparar el veraneo. Á Sancho no le gusta más que Biarritz; *la Marquise* se empeñó en ir á Ostende, y allí le

tuvo pasando frío en pleno Agosto. Luego, excursión á Londres hasta más que mediado el otoño. Á la entrada del invierno ya estaban aquí.

»Para la mejor inteligencia de lo que sigue, recordarás que Sancho está en París bien relacionado; pero, al fin y al cabo, es un extranjero, y no son muchas las familias francesas realmente principales y de cierta categoría con los cuales se trata. Por otra parte, entre el elemento aristocrático de la colonia española, *Niní* no cayó bien, como vulgarmente se dice. Algunas señoras desdeñadas y quejasas de Sancho, hicieron el vacío en torno de su mujer. Finalmente—hay que decir claro las cosas—, aquí un título como Sancho, que por estar fuera de su patria carece del prestigio de raza, y, aunque sea rico, no puede competir con cualquier chocolatero millonario, un hombre así, en este inmenso París, no es nadie. ¿Vas adivinando?...

»Apenas comenzó á hacer vida de invierno, viendo *Niní* defraudadas sus esperanzas de introducirse en el medio social con que soñaba y de brillar lo que había imaginado, exigió á su marido con toda solemnidad que fijasen su residencia en Madrid. Sancho, aunque español y

patriota hasta la medula de los huesos, está acostumbrado á París; aquí le gusta vivir entre una docena de amigos, comprando cuadros y antiguallas, visitando museos y colecciones. Además, Madrid le da miedo, porque cada vez que ha querido pasar ahí una temporada, se ha puesto malo: tú misma le habrás oído decir que tres tentativas de permanecer el invierno en Madrid le costaron, hace años, una pulmonía y dos bronquitis. Se negó en absoluto. La rebeldía fué inmediata. Por gente de la casa he sabido que no tenían día tranquilo.

»Aunque no conozcas este París tanto como yo, sabes que aquí quien, sea por lo que fuere, no consigue alternar con ciertos elementos genuinamente aristocráticos, puede, en cambio, hallar fácil acceso á los círculos de la burguesía rica y del mundo artístico, donde también queda la vanidad sobradamente satisfecha. Cuestión de dinero. Este fué el campo de operaciones escogido por *Nini*, que unas veces acompañada, de mala gana, por Sancho, otras sola, comenzó á desplegar un lujo estupendo, y lo que es peor, una libertad, un desenfado, capaces de pudrir la sangre al marido menos celoso. En cuanto al gasto, Sancho no ponía tasa; pero la falta de tacto al escoger amigas,

la manera de vestirse, la facilidad en adoptar modas extravagantes ó demasiado llamativas, y, sobre todo, el capítulo de los escotes, ocasionaron recias tormentas conyugales; y te advierto que para llamar aquí la atención por el modo de escotarse es forzoso enseñar mucho y muy bueno.

»Añade á cuanto voy diciendo que, aunque vivaracha y chistosa, no es inteligente, ó, si lo es, tiene el entendimiento turbado por el afán de que hablen de ella. Agravadas estas circunstancias por su hermosura, la cual no se puede negar; lanzada á toda clase de imprudencias y con marido que le dobla la edad, comenzó pronto á andar en lenguas, y, naturalmente, habiendo tenido Sancho fama de conquistador afortunado, ahora la amenaza del ridículo era tremenda. Figúrate los comentarios de las mujeres quejasas y de los maridos ultrajados. Antes de cumplirse el aniversario de la celebración de la boda había ya quien la cortejase con la mayor imprudencia, lo cual, como comprendes, es enormidad sólo posible cuando la cortejada se presta. Quizá al principio no se propusiese más que disgustar á Sancho, asustarle y hacerle la vida imposible en París; pero es mala á toda ley, y sucedió lo inevitable: el co-

queto excesivo, los alardes de independencia y las pequeñas deshonestidades le abrieron el sucio apetito de más graves desórdenes.

»¿Para qué vamos á andar con rodeos ni buscar atenuantes? No lo merece. No es una de las innumerables mujeres á quienes las culpas ó los errores de un marido, imbécil ó malo, impelen y precipitan á lo que ellas no quisieran, ni menos una infeliz desequilibrada, juguete de sus nervios ó presa de su involuntaria sensualidad; es, lisa y llanamente, una de esas que, en cualquier esfera donde nazcan, tienen la nostalgia del arroyo, entendiendo por arroyo lo mismo la calle que el tablado de un teatruchó ó un gabinete puesto con todos los refinamientos del lujo, y hasta con sus escuditos ó coronas; y eso que, como sabes, yo pienso que el orgullo de raza es con frecuencia gran sostén de la virtud. En fin, el escenario es lo de menos; la que tiene vocación de perdida, lo es donde se tercia, y si pudiese entrar en el cielo sacaría de sus casillas á los ángeles del Señor. De éstas es *Nini*. Para clasificarla, sólo hay una palabra que los grandes escritores castellanos usaron libremente, y de la cual hoy se escandalizan nuestros castísimos oídos.

»El primer favorecido por *Nini* fué un escul-

tor, arrogante mozo que anda por aquí ganando premios en las Exposiciones y echando á perder señoras, con el cual había coqueteado á cara descubierta. La grandísima loca le encargó un busto; advirtiéndote que la firma de este hombre, puesta al pie de un retrato, es hoy en París una patente de notoriedad. ¡Y para esto sí que se escotó de veras! La aventura fué un soplo, porque á las pocas semanas, habiendo él satisfecho su capricho, ó, como dicen algunos, porque acostumbrado á mujeres más listas le pareció una hermosa bestia, lo cierto es que la dejó ignominiosamente plantada. Cuentan que la modelo predilecta del escultor, una muchacha como una Venus, celosa y vencedora de *Nini*, por quien había rabiado un poco, fué la encargada de esperarla al acudir á una cita: la recibió con la sonrisa en los labios y le dijo que, hallándose el artista cargado de trabajo, no podía verle. Este desprecio debió de sacarla de quicio y convencerla de que sólo apoderándose presto de un hombre con quien pudiese hacer papel de triunfadora quedaría á salvo su amor propio, y tras un escándalo dió otro.

»Te aseguro que me estoy bañando en agua de rosas.

»De la noche á la mañana, aparece en París el duque de Merteuil: veinticinco años, huérfano, la estirpe nobilísima, la figura aceptable, riquísimo y de poco entendimiento. Un muchacho parecido á aquel con quien intentó en Burdeos lo del rapto, pero todavía más rico. Para ella, ¡ni soñado! Por lo visto, tenía indudable tendencia á la corrupción de menores; bien es cierto que, con relación á nosotras, para ciertos lances, todo hombre es menor de edad.

»De la aventura con el escultor se enteró Sancho cuando era agua pasada. La segunda la supo en sus albores, y, hay que ser justos, cortó por lo sano; mejor dicho, amputó por donde pudo, y pronto. Aquí hay modo de hacer bien estas cosas. Tuvo el buen gusto de no ir personalmente; pero preparó la celada, y fueron sorprendidos tan oportunamente, que el comisario de policía recogió de encima de un mueble y entregó al amigo del esposo, que como testigo le acompañaba, el corsé de la señora, llamémosla así. Ésta desapareció en seguida de París. Se dijo entonces que estaba en Burdeos con la mamá; pero pronto se supo que anda por Londres con un nuevo poseedor. Allí continúa.

»Entre la boda y lo que te acabo de referir, han mediado diez y siete meses. Es uno de los casos más rápidos que aquí se recuerdan.

»Sancho ha manifestado propósito de divorciarse. No sé cómo podrá ser ello, pues aunque se casaron en Francia, ambos son españoles. De lo que estoy segura es de que agotará cuantos recursos existan para lograrlo, y de que jamás ha de perdonarla ni vivir con ella. Al principio se mostró animoso; después cayó malo, llegando á inspirar serios temores durante algunos días. Las emociones propias de los comienzos del matrimonio le traían quebrantado y el desengaño le cogió con pocas fuerzas.

»Atormentado por la humillación, en cuanto se lo permitió el médico se fué á Biarritz, donde tuvo una grave recaída, de la cual no se ha repuesto enteramente; y allí está, solo con sus criados, sin querer ver á nadie, más muerto de vergüenza que si hubiese cometido una estafa. Dicen que da lástima; no me la da á mí. Tampoco á ti debe inspirártela. Acuérdate de que tomaste en serio la aventura; de lo mal que se portó contigo; y piensa que el rencor, como la gratitud, es para las ocasiones. Pero, dado lo lista que eres, te supongo curada, y por eso te

lo cuento todo sin atenuaciones ni rodeos. Harto vengada estás. Si tuvieras malas entrañas, podrías ir este verano á Biarritz, hacerte la encontradiza y preguntarle por la Marquesa.

»La verdad es que los diez ó doce Marqueses de Ajalvir que tiene retratados en su vetusto caserón de Madrid deben de haberse reído de él, aunque á alguno de ellos acaso le haya ocurrido lo mismo.

»Escribeme tus impresiones. Si no le hubieses querido, discurrirías igual que yo; si realmente te llegó á interesar, será curioso lo que pienses. De todos modos, entierra en tu memoria al Marqués don Sancho de Ajalvir. ¡Esta es la vida! Adiós, monina.

»Tu mejor amiga,

IRENE.»

.....

Expresar bien lo que me hicieron sentir estos párrafos, equivaldría á poner en claro las mayores contradicciones que caben en el alma. ¡Qué dolor tan sincero! ¡Qué gozo tan impetuoso! Al enterarme de las amargas y, sobre todo, de la enfermedad de Sancho, ¡qué pena tan espontánea y tan honda!; al darme cuenta de que tales sufrimientos podrían acercarme á él y abrían campo á mi esperanza, ¡qué explo-

sión de alegría! Estaba enfermo, atormentado, solo; es decir, en situación propicia á convencerle de que yo le amaba de veras. No vacilé. Mi resolución era de esas á que el corazón se va preparando lentamente; y que, llegado el momento, la voluntad ejecuta sin arredrarse. Pasé la noche haciendo los preparativos de viaje, tantas veces deseados en las angustias del insomnio, y al otro día, acompañada de Remedios, tomé el primer tren que pude.

Las veintitantas horas de viaje me parecieron una eternidad. Sin dormir ni aquietárseme un punto la imaginación, fué todo el camino pensativa, pasando mi ánimo de la esperanza al desaliento y de temer la desventura irremediable á considerar la dicha asegurada. Y simultáneamente, por un soberano esfuerzo de la razón, traté de prevenirme para cuanto me pudiera ocurrir.

Si era cierto que estaba solo, le vería sin dificultad; si había alguien con él, los criados que de mi tiempo quedaran me allanarían los obstáculos en instante oportuno; si me recibía en seguida y me escuchaba, mi triunfo era seguro; si al pronto se oponía á que pasase, yo sabría esperar; si por la forma de su

vacilación ó su resistencia daba á entender que no quería verme... mi propósito era irrevocable. En aquellas horas de incertidumbre, bravamente arrostrada, sentí algo análogo á lo que debe de experimentar un rey destronado cuando, persuadido de su legítimo derecho, arriba tras largo destierro á playa que considera suya, resuelto á coronarse en ella ó caer muerto. Igual era mi resolución: si Sancho quería, con él; si me rechazaba... más hondo era el mar que el estanque de la Duquesa. En tonces sí que podrían llamarme romántica. Fuera como fuese, no se quedaba sin saber que mi vida era suya.

.....

Por última vez en estos apuntes quiero recordar que al ir decidida á ser de Sancho, ó acabar de sufrir, mi hermosura conservaba todo su encanto. No podía dar un paso sin convencerme de ello. En el tren tuve la prueba.

Por fortuna, estábamos Remedios y yo solas en un departamento. En el inmediato viajaban, también solos, dos hombres de poco más de treinta años, ambos elegantes, de buena figura y porte distinguido; con traza de finos. Me vieron subir al tren en Madrid y luego me mi-

raron mucho. Con gran frecuencia se salían á fumar al pasillito del vagón, sin quitarme ojo; y de cuando en cuando, como una de las ventanillas estaba abierta y no hablaban tan quedo como suponían, la corriente del aire traía hasta mi oído sus palabras.

Remedios hizo que me fijase en ellos cuando cruzaban estas frases.

—De lo que se ve poco—decía uno.

—Es cara de las que no se olvidan.

—¿Y el cuerpo? Mira, mira cómo se dibuja sentada... Parece la estatua de la vida.

¡Cuánto les hubiera sorprendido saber que aquella que se les antojaba la imagen de la vida tenía el alma preparada para la muerte!

Sí; la flor de mi belleza estaba en plena lozanía.

.....

Tan absorta iba que, al parar en Biarritz, la violenta sacudida que los frenos imprimen al tren para detenerlo, me arrancó un grito.

En la estación, dejando allí depositados los baúles, tomamos un coche. Luego, al ver los lugares tantas veces recorridos con Sancho y al respirar el aire del mar según nos fuimos aproximando á la costa, me pareció que todo mi ser se saturaba de esperanza.

Poco antes de llegar á la villa, en una curva que formaba el camino por donde salimos de paseo aquella tarde en que despiadadamente le dejé sentir frío, el recuerdo de mi acción malvada se me representó de pronto, y la sangre pareció helárseme en las venas. Poco más allá mandé parar y nos apeamos, ordenando al cochero que esperase. Seguimos á pie hasta la verja, que estaba cerrada. Buscándola entre los barrotes de hierro, tiré de una cadenita medio oculta por las ramas de los tamarindos, y oí el sonido de la campana. El criado que salió era de los de mi tiempo. Por la expresión de su rostro comprendí que me sería propicio.

—¡Señorita!

—¿Cómo está? ¿Cómo está el señor?—pregunté anhelosa.

—Cuando la señorita viene, es que ya sabe que no está bien... Pero... peor lo hemos tenido.

—¿Solo? ¿Dónde? ¿En qué cuarto?

—Solo. En el dormitorio grande. Hace tres días que se levanta, y no sale de allí.

—Corriendo... dígame usted que soy yo.

Noté que vacilaba; mas, de pronto, mirándome como quien comprende la gravedad de la

situación y demuestra toda la simpatía que siente, dijo:

—Mejor es que la señorita entre sola... que la sienta llegar...

—Quédate aquí, con éste—ordené á Remedios.

Atravesé el jardín, subí precipitadamente la escalera, crucé un pasillo, el saloncito, y deteniéndome junto á la puerta del dormitorio, entornándola sin acabar de abrirla, dije con la voz medrosa y medio ahogada:

—¡Sancho... soy yo!

—¡Juana! ¡Juanita!

La rapidez y la entonación con que pronunció y repitió mi nombre me llegaron al fondo del alma. Fué una confusión de grito y de palabra, de sorpresa y de alegría, tan imposible de explicar como lo que á mí me hizo sentir. Empujé la puerta y entré.

La luz vigorosa de las primeras horas de la tarde inundaba aquella habitación, jamás olvidada, donde pasamos juntos tantos días. Por el ancho ventanal abierto se descubría una extensión inmensa de cielo, y entraba el aura salada y viva del mar. El aspecto del cuarto apenas había variado y ningún detalle indicaba huella ni rastro de mujer. Sobre el diván en

que caímos abrazados la noche de la tormenta se veía la misma piel blanca y sedosa.

Sancho estaba hundido, más que sentado, en una gran butaca puesta ante una mesita cargada de periódicos y cubiertas las piernas con una manta inglesa. Las arrugas que formaba la americana en torno de su cuerpo y lo que descubría el pañuelo blanco de seda mal anudado al cuello revelaban su extremo enflaquecimiento. Tenía la mirada mortecina; el bigote, que fué rubio, canoso y lacio; las sienes, deprimidas; los labios, exangües; la nariz, afilada; las mejillas, amarillentas y casi demacradas: era la figura lamentable del varón hermoso, avejentado, deshecho, rendido á la pesadumbre terrible de los placeres pasados, y del dolor presente; ¡ruina de hombre!; espectáculo tan triste á mis ojos, como pudiera serlo para un amante fervoroso el acabamiento de la mujer adorada.

Sin pronunciar palabra le cubrí la cara de besos. Intentó incorporarse, apoyando las manos descarnadas y sarmentosas en los brazos de la butaca; pero, faltándole las fuerzas, se desplomó sobre el asiento, y quedando su cabeza apoyada sobre mi pecho, le sentí llorar. Sin alzar la cara, preguntó:

—¿Cuándo lo has sabido?

—Anteayer.

—Pero... ¿lo sabes todo?

—Todo. Por eso vengo... ¿Me quedo?

—Estoy viejo, enfermo... aquí no hay hombre... ¡Y has venido!...

—Y, si tú quieres, ¡para siempre!

Entonces, alzó la cabeza, me miró con una ternura que antes jamás tuvieron sus ojos, y oprimiéndome nerviosamente las manos, con tal fuerza que me hizo dulcísimo daño, dijo en voz baja:

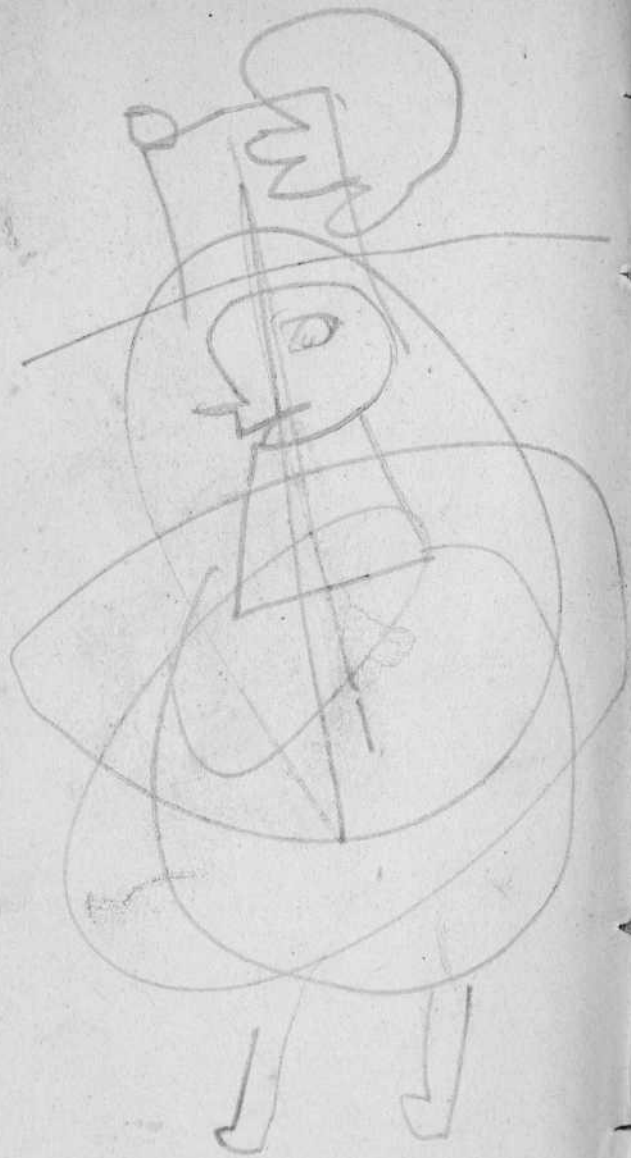
—¡Para siempre!

FIN

Madrid, 1909-10.

*Se imprimió este libro en Madrid,
en la Imprenta de Fortanet;
y se acabó la tirada
el día treinta de
Noviembre
de 1910.*









colocadas en cubos de plástico, a ser posible con pedal de apertura y cierre ajustado para evitar la salida de olores o líquidos. Una vez llenas, se cerrarán y se colocarán en otros recipientes, generalmente grandes cubos de goma o plástico situados fuera de la cocina, y donde se mantendrán hasta su retirada por los servicios municipales de basuras, que debe ser diaria. También debe ser diaria la limpieza de estos recipientes.

Es importante, por tanto, que las bolsas y los recipientes de plástico se mantengan bien tapados o guardados, para que los insectos no tengan acceso a los residuos, que se coloquen en un lugar fresco y sean de fácil limpieza.



O. PICON

JUANITA
TENORIO

3